

Resonancias del terruño.Por Ramón M. Quesada.**Últimos días de Cartago**

VIII

Continuación

Cuando dirigí la mirada á la parte de mausoleos y construcciones elevadas de nichos, en que la materia inerte yacía alineada con regularidad, y ví que nada había escapado de la destrucción, un sentimiento de espanto y de piedad se apoderó de todas mis facultades. La cuadrilla dirigida por don Alfredo Anderson, se encargaba del arduo y penoso trabajo de volver á inhumar las cadáveres que habían sido echados fuera de las bóvedas; pero como el número era muy crecido y perentoria la labor, se resolvió incinerar los esqueletos que estuviesen completamente secos.

Las hileras elevadas de nichos de la parte occidental se habían desplomado completamente, y al quebrarse aquella estantería de ladrillo, las lápidas saltaron en pedazos. El extremo Sur de esta sección, como si se hubiese desmoronado una peña, se había venido abajo con todos los restos humanos que encerraba. Entre el promontorio de ladrillos y bloques de argamasa se veían algunos ataúdes enteros, otros medio deshechos, cráneos, losas y huesos sueltos. Había esqueletos en las posiciones más caprichosas, y calaveras asomándose á la boca de las sepulturas. Por todos lados fragmentos de mármol con inscripciones, columnas rotas, ángeles, cruces y adornos funerarios despedazados, estatuas echadas boca abajo ó de espaldas y casi todos los mausoleos rajados ó hundidos por completo.

La piqueta demoledora de los sepultureros iba descubriendo el interior de las construcciones y arrastrando hacia la ho-

guera sin ninguna piedad, las osamentas de muchos seres queridos. Cuando yo llegué á aquel campo de tristeza ya habían sido sacados de su tumba particular é incinerados frente á la misma, los restos de mis amados padres y hermanos, sin que hubiese sido posible evitarlo en aquellos momentos de dolorosa actividad. Jamás me había imaginado yo semejante escena: había visto aterrados á los vivos, pero no desenterrados á los muertos, ni menos reducidos á cenizas. Cuán honda fué la emoción que entonces llegué á sentir, sólo puede figurársela quien tenga perennemente vivo el amor filial para los que ya duermen el eterno sueño. Recogí los pedazos de lápidas y los pocos residuos que quedaban de mis deudos, y comencé á recorrer aquella necrópolis derrumbada. Con el mismo rasero habían sido nivelados todos, así el que descansaba en sarcófago de mármol, como el que esperaba su resurrección bajo siete pies de tierra. Lo deleznable de aquel suelo arenoso, tantas veces removido, hizo que no resistieran al terremoto multitud de elegantes y sólidos mausoleos, tales como el de doña Ana-cleta Ernesto, don J. Ramón R. Troyo, familia Peralta, Padres Echavarría y Carazo, familia Espinach, y de otros muchos.

En el monumento de la familia Jiménez Sancho se presentó un curioso fenómeno, que representa gráficamente los movimientos del suelo. Un hermoso ángel de mármol, colocado sobre un pedestal cuadrangular, fué levantado del centro, luego deslizado hacia la esquina Sureste y por último hecho girar un cuarto, hasta

quedar de frente al Norte, mirando el temido Irazú en vez del poniente que antes miraba.

Varias capillas de elegante arquitectura en que había altarcitos con delicados adornos, se aplanaron sobre la cripta más ó menos profunda en que descansaban.

Traté de averiguar qué número de muertos por el terremoto habían sido ya sepultados y nadie supo darme noticia, porque ni las autoridades, ni el guardián, ni los particulares pudieron llevar cuenta exacta de las víctimas. Entre los que han llegado de la ciudad y de los barrios, me dijo un peón, creo que pasan de quinientos, y probablemente hay muchos más que todavía no han sido sacados de las ruinas. Aquí habrá trabajo para varios días, por-

que hay que volver á enterrar ó quemar talvez más de ochocientos cadáveres que han quedado descubiertos con el temblor; y siguió trabajando con su piqueta.

Yo me retiré enseguida de aquel sitio de tantos y tan caros recuerdos, con el alma profundamente contristada y embargada por las más sombrías reflexiones: ¡habíamos escapado ilesos todos los vivientes en mi casa, pero ninguno de nuestros muertos se había librado de la profanación del terremoto!

A la salida miré de pasada un epitafio que decía: «Acuérdate hombre que eres polvo», y aquella lúgubre inscripción con que tropezaba casualmente, vino á aumentar la intranquilidad de mi espíritu.